



**BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES**

**BIBLIOTECA AFRICANA**

[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

## **BAHIA MAHMUD AWAH**

La maestra que me enseñó en una tabla de  
madera  
[Fragmento]

#### Edición impresa

Bahia Mahmud Awah, *La maestra que me enseñó en una tabla de madera* (2011)

#### En

Bahia Mahmud Awah (2011) *La maestra que me enseñó en una tabla de madera*. Madrid: Editorial Sepha (pp. 59-68).

#### Edición digital

Bahia Mahmud Awah, *La maestra que me enseñó en una tabla de madera*. Fragmento. 2015.

Conchi Moya (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.  
Septiembre de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas ide (FFI2013-44413-R) dirigido por Josefina Bueno Alonso e Inmaculada Díaz Narbona.



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante



# ***La maestra que me enseñó en una tabla de madera*** Bahia Mahmud Awah

## EL HAMBRE QUE PASÓ MI ABUELO

Detu nos contaba la fascinante historia que le ocurrió a su padre en el desierto. Mi abuelo materno Omar, quien falleció en 1959 como nos recordaba mi tío Mohamed Moulud, sobrevivió en una ocasión, extraviado en medio de una horrible tormenta de arena, que le separó de su ganado y la familia. Ocurrió mientras se trasladaban en caravana a una región con mucha hierba para los animales y buenos pozos, en la que tenían previsto acampar. Ésta es su historia, que puso al límite no sólo a mi abuelo si no a toda su familia y que les obligó a practicar el saber que aprendieron de sus antepasados para sobrevivir en el desierto.

Mis abuelos decidieron un día, cuando mi madre era pequeña, reunir todo el ganado y trasladarse a la región sur del territorio en busca de pasto y agua. De noche prepararon los dromedarios de carga y dieron de comer a sus seis niños. Desmontaron su jaima y procedieron a cargar todos sus enseres sobre el lomo de sus *emrakib*<sup>1</sup>.

Los dromedarios estaban molestos porque se les había interrumpido su momento de descanso en *lemrah*<sup>2</sup> tras una larga jornada de pastoreo; madres y crías entremezclados y nerviosos se buscaban en la oscuridad unos a otros con intercambio de berridos, y mi abuelo daba la voz de “ohh, ohh, ohh”, voz que invita a los animales a estar tranquilos. Los *emrakib* de carga, separados del resto y tumbados frente a la jaima cada uno con su *jzama*<sup>3</sup> enganchada en un aro de plata en la aleta superior de la nariz del dromedario, rumiaban tranquilos mientras les colocaban encima de sus lomos las primeras monturas de carga.

Nisha, mi abuela, ayudada por mis tíos Lajdar y Alati, el mayor de los hijos, de trece años, colocaban y sujetaban su montura de *amshakab* encima de Zeirig su dromedario favorito. Mientras, Omar intentaba terminar la carga del grueso de los enseres al lomo de los tres dromedarios de carga, Sheil, Lehmani y el potente Arumay, que siempre cargaba los

---

<sup>1</sup> Dromedarios domados para llevar la carga.

<sup>2</sup> Lugar donde reposan cada noche los dromedarios, situado enfrente de la jaima de la familia. Rastros que deja la acampada, de varias semanas o meses, de una familia: excrementos del ganado, restos de hogueras, ramos de la acacia, las tres piedras que se ponen de soporte para calentar las ollas de la comida, los huesos de los animales que se han comido durante la acampada...

<sup>3</sup> Rientas trenzadas de cuero para controlar el dromedario.

grandes fardos, como la jaima, sus faldas y todos los *ercaiz*<sup>4</sup>. Arumay era un macho robusto de color marrón oscuro, de hombros lanudos y musculosas patas, un animal de mucha elegancia y obediencia adquirida de su experto domador, mi abuelo. Su berrido le encantaba a mi abuela porque decía que era un animal fiel hasta en periodo de celo, tiempo en el que estos machos sufren trastornos hormonales por su estado y se enemistan con los amos por buscar independencia y soledad con las hembras.

Mi abuelo Omar sabía que en la parte sur había abundancia de pastos y era el lugar donde mejor podría estar con su familia e *ibi*<sup>5</sup>. En el desierto las noticias, *lajabar*, corren de boca en boca entre los pastores y los *deyarin*<sup>6</sup> de dromedarios. Suficiente información había recogido en sus trashumancias y encuentros con los beduinos que iba encontrándose, siempre atentos a los lugares donde habían caído las lluvias.

El tiempo y la oscuridad de la noche eran el factor que mis abuelos buscaban para recorrer decenas de kilómetros y amanecer en un posible lugar que les ofreciese la vida de absoluta tranquilidad y paz de los nómadas. Todo estaba preparado esa noche, puesto en marcha el ganado y orientado hacia la dirección sur donde a trote acamparían con suerte en una semana.

La zona donde se dirigían era desconocida para Omar y el tercer día, al alba, azotó un vendaval sin precedentes, vientos que soplaban del sur y ocultaban todo lo que pudiera divisar a un metro el ojo de un hombre del desierto curtido en esa hostil naturaleza. Mi abuela le gritaba a Omar que no se separara de ellos y que si se quedaba algún animal rezagado no lo siguiera. Él iba a trote de un lado a otro para mantener unido el rebaño y evitar despistes de los dromedarios pequeños que se quedaban atrás por no poder seguir el ritmo de los mayores.

De repente mi abuela perdió de vista la silueta que dejaba Omar sobre el lomo de Elbeyed, intentó buscarlo en los extremos del rebaño pero no lo pudo ver, ni oír el sigiloso berrido del Elbeyed. Gritaba “¿Omar, Omar, Omar, dónde estás?!” , varias veces repitió “*jina lilahi!, jina lilahi!*”, profunda expresión que denotaba el dolor, la tristeza y la impotencia ante los dramáticos sucesos que se estaban desarrollando.

El mayor de los hijos, montado a su lado en *amshakab*, le decía “mamá, ¿dónde está mi padre, que no escucho la voz que da al ganado?”. Nisha, cautelosa, le respondió que se había quedado atrás en busca de un *huar*<sup>7</sup> rezagado y le intentó calmar diciéndole que no se preocupase, que el padre se incorporaría a ellos pronto. Siguió unida al ganado y a trote intentaba mantenerlo todo unido y en marcha orientado. De vez en cuando le daba la voz

---

<sup>4</sup> Palos que sostienen la jaima.

<sup>5</sup> Ganado camellar.

<sup>6</sup> Plural de deyar, buscador de dromedarios perdidos.

<sup>7</sup> Cría del dromedario.

“esh, esh, esh” para que no se dispersaran y mantuvieran el ritmo de marcha acurrucados unos junto a los otros en la misma dirección.

El viento soplaba cada vez más fuerte y los niños lloraban porque ya era hora de acampar y tomar su leche o una *kisra*<sup>8</sup> si era posible. Aturdida por la situación climatológica y la pérdida de su marido, sacó fuerza de sus entrañas de beduina y continuó la marcha sin parar porque sabía que si se detenía un minuto todo se echaría a perder, lo último que le podía ocurrir era extraviar a los animales que cargaban el agua en sus lomos, así que decidió aguantar mientras amainaba el vendaval.

Omar había seguido un rumbo absolutamente desconocido y sin saber orientarse, se detuvo por un momento y se acercó a unos arbustos por si indicaran indicios de orientación, pero el viento había arrasado toda señal, las copas inclinadas hacia otra dirección, las pequeñas dunas que se formaban en los brazos de cada arbusto indicando siempre el sur ya no existían. El sol no se veía y todo a su alrededor estaba oscuro. La experiencia y los cincuenta años vividos en las adversas inclemencias del desierto no le servían a Omar para nada ante aquella eclosión de la naturaleza, sabía de su indomabilidad y que no era más que la voluntad de Dios.

Erró todo ese día sin detener su dromedario buscando huellas, excrementos de animales, berridos, el lloriqueo de sus niños o la voz de su mujer. Gritó muchas veces el nombre de Arumay por si le orientara, dejó rienda suelta a su Elbeyed por si sus instintos lo llevasen a seguir el ganado, hasta entrada la noche del siguiente día sin ningún rastro y sin que el viento amainara. Omar estaba agotado y su dromedario necesitaba pastar y reponer fuerzas para seguir la marcha.

Aturdido Omar por la situación de sus hijos y su mujer pensó en el agua y las provisiones que llevaban sobre el lomo de los otros dromedarios y de cómo Nisha y los niños podrían acceder a ellas. Miró el opaco cielo convencido de la presencia de Dios en todas partes, como aprendió de muy pequeño de su padre y exclamó pacíficamente, como si rezara, “¡Dios mío, ahora sí que en tus manos dejo a Nisha, Alati, Jadiyahetu, Lajdar, Yeslem, Moulud y Jueya!, ¡tú sabrás de ellos!, ¡tú cuidarás de ellos!, ¡orienta el instinto, que me has dado a los cinco años cuando cuidaba los pequeños rebaños de mi familia!, ¡la sequía me empuja y me desaloja de mi tierra, el hambre devora las tripas de mis niños, de mi mujer y las de mis dromedarios, ponte a mi lado en estos momentos cruciales!”.

Llevaba demasiadas horas sin comer ni beber, todas las provisiones se quedaron encima del lomo de Lehmami, además del agua y algunos talegos de cebada escondidos en la *tezaya*<sup>9</sup> de Nisha. Omar durante esos días no había sufrido sed, apremiado por la estación del

---

<sup>8</sup> Pan sin levadura de los nómadas que preparaban bajo arena caliente.

<sup>9</sup> Mochila de piel de dromedario que usan las mujeres para guardar provisiones.

fresco invierno que jugaba a su favor. Sí había empezado a sentir los primeros síntomas de dos días sin comer, le fallaban las rodillas cuando bajaba de su dromedario para recoger algunas plantas silvestres y comérselas, pero eran muy pocas las que podía encontrar y apenas le alimentaban.

Omar, cada vez que llegaba la hora de los cinco rezos, buscaba un lugar donde hubiera algo de verde, rastreando el suelo con su vista desde el lomo de Elbeyed para dar tregua a su dromedario y cumplir él con su ritual de creyente. Como no veía el sol calculaba el tiempo fijándose en ciertos comportamientos de Elbeyed, si ya era de noche el animal exigía descanso con unos suaves berridos y un caminar más lento, ahí era cuando Omar le ordenaba detenerse y se bajaba de su *rahla*<sup>10</sup>. Después buscaba una acacia o cualquier otro arbusto para protegerse del horrendo *guetma*<sup>11</sup>.

Esa noche los dos descansaron protegidos por la copa de una *talha* que el viento había levantado, aquel era el mejor regalo de la naturaleza después de tres días sin comer. Quedaban algunos *eljarrub*<sup>12</sup> aún sujetos a sus ramas, que el viento había dejado desnudas. Elbeyed comió toda la parte tierna de la copa y Omar recogió los pocos copos del *eljarrub* y los fue masticando despacio, pero eran amargos porque no estaban todavía secos.

Omar, pensando en la familia se sentía tranquilo, porque siempre había tenido una fe ciega en su esposa, sobre todo cuando los tiempos eran malos o las decisiones eran cuestión de vida o muerte. Rezó de nuevo una oración por la salvación de todos. Al finalizar el rezo ató bien a su dromedario y enlazó con seguridad las riendas. Apoyó su espalda en los hombros de Elbeyed, buscando protegerse del frío y los vientos, pasó toda la noche acurrucado sin dejar de sonarle las tripas.

El animal sacudió su cabeza por la acumulación del polvo sobre su cuerpo. Mi abuelo enseguida se dio cuenta de aquella inconfundible señal que mostraba Elbeyed. Otro día sin que amainara el vendaval, otro día de hambre y sed, otro día para un hombre del desierto extraviado por la fuerza de la naturaleza y las inclemencias de la naturaleza. Omar era un hombre alto y delgado, con una profunda mirada, nariz aguileña, pómulos salientes, de cabello oscuro y rizado. El dromedario empezaba a perder mucha fuerza por la falta de pasto y varias semanas de marcha con la familia sin apenas descanso. Mi abuelo recordó lo que le habían enseñado para estos casos, mantener la calma y no deambular hasta que se despejara el tiempo, principio de supervivencia entre los hombres del desierto. La suerte no le había acompañado, se encontraba en una zona de poca vegetación y desconocida para él. Intentó reconocer la región cogiendo piedras y raíces secas de algunas plantas, intentó estudiarlas

---

<sup>10</sup> Silla de montar el camello para el hombre. En el Sahara se hace de un arbusto llamado *ignin* y se recubre de piel de dromedario.

<sup>11</sup> Vendaval de vientos muy conocido por sus terribles consecuencias para los habitantes del desierto.

<sup>12</sup> Vainas de la acacia que son comestibles cuando están secas.

detenidamente, persiguiendo con ello reconocer la geografía, pero el hambre no le dejaba concentrarse, le temblaban las piernas y se le nublaba la vista por la deshidratación.

Se levantó y arrastró hacia su dromedario algunas ramas de la acacia que les daba protección, y Elbeyed devoraba con fuertes mordiscos las verdes y espinosas ramas. Omar se acordó que podía encontrar alguna humedad en las raíces de la acacia, buscó y con dificultad arrancó algunas raíces que aún guardaban una sabia muy dulce y las metió en la boca masticándolas. Su estomago sintió alivio después del fuerte dolor que le causaron las amargas vainas que comió la noche anterior.

Nisha y sus seis niños llevaban seis días camino al sur, estaba orientada y tenía dominio absoluto sobre la situación, acampaba y descampaba con dificultades para cargar y descargar los tanques de agua sujetos sobre la montura de Lehmami.

El siguiente día Omar se encontraba al límite de sus fuerzas, tenía alucinaciones y náuseas, pero debía sobrevivir al precio que fuera. Amaba a su dromedario de montura Elbeyed, un animal escogido y domado por él mismo. Poseía un trote en varios ritmos, gracias a tener desarrollada la peluda cola y a su bien proporcionado físico. Era todo un lujo de dromedario *azza*<sup>13</sup>, castrado para recorrer muchos kilómetros y soportar la sed y el hambre. Por eso le dolió tanto la inevitable decisión.

A pesar de la escasez de sus fuerzas, Omar excavó un hueco de medio brazo de profundidad, lo rodeó con piedras y lo llenó de palos de leña secos que recogió alrededor de la *talha*. Sacó del bolsillo de su *darraa*<sup>14</sup> una pequeña barrita de hierro, especialmente tratada para hacer chispa al frotarla con una piedra de sílex. Puso la fina mecha de algodón encima del sílex y la friccionó con la barrita dos o tres veces hasta que la chispa encendió el algodón, y lo colocó despacio entre las finas ramas de la leña. La lumbre estaba desprendiendo humo y calor. Omar sacó del cinturón de su pantalón un afilado *mus bleida*<sup>15</sup> y metió su fina hoja en la hoguera.

En ese instante sintió hasta dónde se necesitaban él y su dromedario en aquella situación extrema. Sin detenerse a pensar, con el cuchillo casi al rojo vivo, cortó de un tajo el rabo de Elbeyed. Al momento, con la misma lámina del cuchillo, selló la herida para evitar la hemorragia, y buscó una mata de propiedades curativas, masticó las hojas y las colocó sobre las dos falanges que quedaron de la cola de Elbeyed. Después Omar le acarició la cabeza y besó varias veces su nuca, diciéndole “tú y yo estamos condenados a sacar fuerzas para encontrar a la familia”.

---

<sup>13</sup> Dromedario macho de montura, castrado y domado para la carga.

<sup>14</sup> Vestimenta tradicional del hombre saharauí.

<sup>15</sup> Típico cuchillo usado por los nómadas, de mango revestido con dos placas de marfil.

Omar esa noche comió carne y con las húmedas raíces de la acacia recuperó cierta energía para seguir. Decidió al día siguiente continuar la dirección contraria al viento al ver que no había cambiado desde el primer día; el viento soplaba del sur y allí se dirigió. Cada vez que encontraba en el camino algo de pasto verde se detenía y dejaba que Elbeyed repusiera fuerzas. En su marcha, al cabo de ocho días a trote de dromedarios, observó excrementos de una acampada de animales, allí se detuvo y estudió detenidamente aquel rastro de vida. Determinó que su familia había acampado allí, según el número de marcas que había dejado cada dromedario, hacía aproximadamente una semana, por la humedad de los excrementos de los animales.

Omar sobrevivió diez días más con el resto del rabo de su dromedario y las raíces que encontraba. La segunda semana había empezado a despejarse el tiempo, con algunas lluvias que dejaban charcas de agua de las que bebían Omar y su Elbeyed. Mi abuelo había comenzado a orientarse y a encontrarse con pastores y buscadores de dromedarios, intercambiando con ellos información sobre la familia y los daños del vendaval de *am elguetma*, como finalmente llamaron los saharauis a aquel año, el “año del vendaval”.

Aquella noche, mientras Nisha con la ayuda del mayorcito de sus niños, ordeñaba la leche para la cena al lado de la hoguera de la jaima, escuchó el melancólico berrido de Elbeyed que posaba sus rodillas en la arena. Omar bajó de su lomo y llamó a sus hijos y su mujer “¿estáis bien todos?”. Del interior de la jaima salieron los pequeños y se lanzaron a sus brazos. Nisha, emocionada, al ver el estado físico de su esposo, se le acercó con un cuenco de leche recién ordeñada y le invitó a tomarla “primero tómate esto”. Les pidió a sus hijos que se apartaran para que su padre pudiera beber. Desde esa misma noche Elbeyed dejó de llamarse así y se convirtió en Guilal, por tener el rabo cortado. Mi abuelo sobrevivió al hambre gracias al rabo de su dromedario, y él y Nisha nos transmitieron con su gesta una lección para no rendirse ante la adversidad.

Esta historia que podría parecer ficción ocurrió en realidad, como bien se conoce en mi familia. En mi infancia la escuché en muchas ocasiones de boca de mi madre y entonces me parecía como aquellos entrañables cuentos de Shertat<sup>16</sup>, pero todo es verídico, ocurrió en realidad, y así me lo siguieron contando en muchas ocasiones siendo ya adulto.

---

<sup>16</sup> Personaje mítico en la narrativa oral saharauí. Sus relatos son utilizados para criticar los malos hábitos entre la sociedad.